UNIVERSO BORG

CUENTOS PARA QUE EL MUNDO NO SE ACABE



MIGUEL ALDA & ANAÏS ABBOT

Cuentos para que el mundo no se acabe

Miguel Alda y Anaïs Abbot

2000-2013

.


Universo Borg

Para los conspiranoides,
esos locos que cuestionan la
oficialidad de la verdad,
y para los normales,
esos locos de la oficialidad.
Seas de lo que seas, gracias por
tu elección en Universo Borg.
Miguel Alda y Anaïs Abbot

ACCIONES INMOBILIARIAS

Alguien ha metido la mano

Tras leer esta historia, cerré el Diario de Cádiz, perplejo, porque, en los acontecimientos que allí se relataban, yo estuve bastante implicado, y sabía dónde se encontraban realmente esos billetes.

Antes de empezar a hablar, quiero que quede bien claro que YO NO HE ROBADO NADA, y que aunque soy rico, lo confieso, también tengo que decir que soy honrado...

Yo estudié economía, y sí, pertenezco a esa profesión que predice un alud cuando la nieve nos llega ya hasta la coronilla, para luego afirmar, serenamente, que

ya lo habíamos avisado.

Mi trabajo me costó no aprender nada en la facultad, aparte de lo que ya sabíamos de antemano: que el dinero nos sirve para comprar cosas con las que luego hacer más dinero; lo único que me pareció interesante fue escuchar que la mejor manera de no equivocarse es estar constantemente prediciendo que viene un alud, y todos conocemos el cuento del pastor y el lobo...

Perdonen si me voy por los cerros de Úbeda, pero a mi edad, ya no hay nada que me guste más que una buena charla, especialmente si se trata de algo tan cercano; porque sepan ustedes que soy muy amigo de la familia, muy, mucho y, debo aclarar de antemano, que si hago todo esto es por su bien.

1
Narciso

Narciso Ibáñez me dijo que la cosa no pintaba bien. Narciso es el privado que utilizo para las auditorias, ya saben, eso que pasa cuando los accionistas se ponen nerviosos porque sospechan que alguien ha metido la mano. Pues bien, cuando esto sucede, Narciso es el que encuentra las manos.

Cuando se lo propuse, Narciso aceptó encantado, casi ilusionado, y, al igual que yo, quería ayudar a mi amigo con esto. Sobretodo, cuando se enteró de que era un robo como los de antes, ya que Narciso, como yo, también tiene una edad.

2
La criada

Así que como si fuera Ágatha jugando al Cluedo, primero sospechó de la criada. Yo le dije a Narciso que era normal que le contestara que para estar limpiando, prefería limpiar su casa antes que la de mi amigo, pero nadie le pagaba por limpiar su casa, y por limpiar esta, sí; aunque su situación no hubiera cambiado mucho.

Supimos qie la mujer se había sacado en su país un máster en antropología tropical, asunto esto importaba aquí, en este asunto, lo mismo que en su país o en el nuestro. No obstante, le dijo a Narciso dos cosas

que nos resultaron intrigantes: una, que mi amigo había estado preguntándole por Cuba; y dos, que le había encargado reservar billetes con este destino para fechas próximas. ¿Mi amigo en Cuba...? Esto ya me pareció raro.

3
La esposa

Después, Narciso indagó a su virtuosísima esposa con mucho tiento, eso sí. Y a ella, que no se le escapaba nada de la casa, se extrañó sinceramente de la noticia, igual que yo, y es que somos muy, muy amigos. Su omnipotente esposa comentó que, en todo caso, si tenían que viajar sería a Amberes otra vez. Narciso le pidió, por favor, que no le comentara nada, para que no dificultase la investigación, y esto causó una reverendísima indignación en ella, y le contestó que ella sabía perfectamente cuando un asunto, tratándose mi amigo de un escritor muy popular, no

debía salir del estricto circulo de afines, o dicho con sus propias palabras: *sabía cuándo se estaba escupiendo hacia arriba*. Era todo temperamento la onerosa señora.

4
Rogelio, el de Amberes

Mi amigo y yo teníamos un amigo en común en Amberes, Rogelio Shtocksz, amistad de familia que se remontaba al tiempo de los sefarditas. Tuve que hacérselo saber a Narciso, cuando este me informó de que la majestuosa señora le había aclarado que los motivos del viaje a Amberes eran estrictamente personales, y claro, Narciso no quiso insistir más.

Rogelio Shtocksz se dedicaba al negocio de diamantes, bueno, el sólo los tasaba, pero disfrutaba contando que tenía asun-

tos de millones entremanos, y lo cierto es que no mentía. Dos maletas y un día después me hallaba abrazando a mi amigo Rogelio y haciendo las cumplidas presentaciones. Narciso lo miraba con suspicacia, estaba seguro de que no nos iba a contar la verdad. Yo también tenía serias dudas teniendo en cuenta lo que nos había confesado "el niño" sobre su papá: ¿Por qué se llevaba todo el día mirando el mapa ese del satélite en el ordenador? ¿Mi amigo, internet? ¿Y para qué le preguntaría a su "niño" si los bancos de la red eran seguros? Frente a esta pregunta yo siempre le respondo a mis clientes que el dinero que no se toca no se puede perder... Debo decir que me encanta ver la cara que se les pone después de escuchar semejante tontería.

Rogelio nos escuchó atentamente, y, después de escuchar nuestras graves acusaciones sobre

nuestro amigo común, llamó a la perfecta, esbozando yo diría que una leve sonrisa. Tras la llamada dijo que, debido al cariz que estaba tomando la conversación y en aras de nuestra amistad, era conveniente no proseguir con la reunión, y me facilitó una dirección anotada en un papel: Centro asociado "Un Mundo Feliz" junto con la calle al pie, y lueo, añadió: *Los pondré al tanto de su visita y, por cierto, me dice su magnificencia que no hace falta que interroguéis al butanero pues hace tiempo que disfrutan del ahorrador sistema de placas solares.*

La apariencia del nombrecito: "Un Mundo Feliz" nos sonó de inmediato a "isla paraíso", ya saben, estos sitios donde se compra uno a uno mismo lo que le costó dos, a diez, y lo vende a quince en su país diciendo que solo ganó cinco. De verdad que no sé por qué lo llamaran pa-

raíso, quizás para esconder que, en realidad, es el infierno del fisco. Pero no, Un Mundo Feliz resultó ser otra cosa.



Nueva York, Un Mundo Feliz

De camino, Narciso iba arrojando un poco de luz sobre el asunto: seguro que pensó en invertir en ladrillo, en Cuba; ahora que vienen los americanos, va a mover el dinero en diamantes a través de un paraíso fiscal y a hacer la transacción en dinero por Internet de una cuenta a otra.

Las dudas morales me embargaban, soy honrado pero es que también soy muy, muy amigo de él y de su familia.

Un Mundo Feliz resultó ser un paraíso pero no de los que yo pensaba sino uno de esos templos del descanso para altos eje-

cutivos que han estado sometidos a altos niveles de presión y estrés, y que se han quedado ún poco tocados'. Según te lo venden, es un centro de alto estanding, exclusivo, para el descanso del cuerpo, la paz mental y la cura del alma.

Tras media hora esperando al Doctor Hotlz, y tras otra media de verborrea sicológica, el doctor nos dijo lo siguiente:

—Su amigo, mi paciente, confunde el sueño con la realidad, y en sus sueños él cree que el dinero aun le perdura, no comprende cómo le ha podido durar menos que ese televisor que afirma que posee, cada vez que lo ve, retrocede en los avances que habíamos hecho en la terapia; pero al parecer, su majestuosa señora le tiene un cariño especial, y creo que no he podido ser todo lo contundente que debiera a este respecto, pero no hay duda, el diagnóstico es depresión

post-crisis.

Mil perdones a su alteza, por romper la sorpresa de su viaje aniversario de boda a Cuba. Mil perdones a su “niño” por estropearle una feliz estancia solo en casa. Y no tengo palabras para excusarme con mi amigo, en parte porque fui yo quien le habló de las ventajas de las acciones de inmobiliarias... Nadie podía imaginarse que iba a estallar la burbuja.

Aunque yo se lo advertí.

EL LÁPIZ DE LA LUNA

I

—Es lo que nos espera, amigo, no lo dudes. Ya no nos van a poder colar la trola de que las centrales nucleares son seguras. Pasó el terremoto, una desgracia, pero pasó; ahora bien, si llega a pillar a una de estas por medio, habríamos tenido problemas durante décadas y décadas. Y no se ha hablado de los residuos que andan circulando por ahí, o de los desechos, que todavía son peores. Si un terremoto rompe un vertedero, prepárate a hacer las maletas. De vuelta al petróleo, y eso que nos quedan dos gotas.

Mi amigo sabía mucho de esto, me gustaba escucharlo.

—Eso es mentira, hombre, no seas ingenuo. Eso es para asustarnos, para meternos las nucleares y ya está —irrumpió en la conversación Álvaro, un poco más allá en la barra, mientras

cerraba el periódico—. Eso y lo del cambio climático. Asustaviejas. ¿No crees que si eso fuera así, los coches hace tiempo ya que serían eléctricos? ¡Vamos, hombre!

—La generación de electricidad necesita también de combustibles fósiles. No sueltan prenda con las renovables porque saben perfectamente que a poco que se desarrolle esa tecnología, se acabaron las facturas.

—¿Las facturas? —le pregunté un tanto asombrado.

—¡Claro, hombre! El sol y el viento están ahí. Esa tecnología es mucho más factible en pequeños sistemas independientes. Acabaremos suministrándonos nuestra propia energía, y eso es lo que no les gusta. Y ahora están con lo de Libia. Demasiados intereses. Yo no sé que pensar, la verdad.

—Pues que te digo yo, que es lo mismo de Irak. ¡Lo mismo!

—Álvaro nos hizo un brindis con su gesto para que afirmáramos también.

Pero mi amigo no estaba muy convencido, no mantenía, respecto a esta información, la misma certera clarividencia que Álvaro.

—No sé, no sé —repetía mientras que Álvaro argumentaba que se trataba de dinerito, de petróleo, que por eso había tanques y aviones.

—Mira, ¿entonces, por qué no se movió un dedo cuando Túnez y Egipto?

—No sé, no sé.

Mi amigo seguía con la misma cantinela, escuchándolo muy serena y atentamente. En vista de que mi amigo no cedía, Álvaro apuró el café en vaso de cristal, lo depositó de un golpe en la barra, y con un *Hasta luego, señores, seguid en babialandia*, se marchó murmurando para sí mismo.

Cuando vi a Álvaro desaparecer por la puerta, supe que la cosa se iba a poner mejor.

II

Yo, que sabía que mi amigo tenía la premisa de no alentar una conversación cuando un punto de vista se sostenía de manera airada, esperé paciente a que Álvaro se alejara de la puerta del "Café del poeta". Entonces sería cuando él, seguro, nos daría su opinión al respecto. Y digo nos, porque Papí, el camarero, se acercó mientras secaba un vaso.

Papí era argelino, y estaba interesado en el tema. La verdad es que me admiraba que, a pesar de tener algo de dificultad con el idioma, se mostrara siempre tan interesado por lo que hablábamos. Casi nadie lo hacía.

Papí sostenía, que en Argelia

se hablaba mucho de política y achacaba a la televisión de aquí la culpa de que estuviéramos todos como *tontitos*, según él. Tal vez, también influía el hecho de que éramos de los pocos que le tratábamo, casi incluso de esa manera ridícula y paternalista que tienen los de aquí con los inmigrantes cuando se sienten culpables o se 'solidarizan'con sus penas.

Mi amigo esperó a que Papí sirviera una de tortilla y comenzó su argumentación.

—Ya os he dicho que esto de la crisis no ha sido más que una estafa. Una gran estafa. Una estafa globalizada donde todos perdían y ganaban sólo unos pocos. Vamos a ver, se sostenía el precio del dinero a la baja, el interés, porque la inflación, la subida de los precios, estaba contenida. La razón que nos dieron era porque el crecimiento favorecía la competitividad y todo

ese rollo. Ahora yo os pregunto: ¿si esto era así, por qué no ocurría lo mismo con el precio de la vivienda? Porque el precio de la vivienda se duplicaba... no os olvidéis.

—¿Por qué, por qué? —preguntamos, Papí y yo, esperando la iluminación a la que nos tenía acostumbrados.

—Pues porque nos mentían. Vamos a ver, los sueldos suben respecto al IPC, el índice de precios al consumo— dijo recalcando el significado de las siglas. —Todo el mundo está con lo del euro y el redondeo, ¿pero qué más da? ¿Qué más da que un café en un bar suba un veinte por ciento? ¿Qué te va a suponer? ¿Cuatro o cinco euros al mes? —Papí asentía. —Pero... ¿Y si una vivienda pasa de costar cien mil a doscientos mil? ¿Cuánto te va suponer de más en tiempo y dinero cuando pidas una hipoteca? ¿Si la vivien-

da duplicaba su precio, cómo podían decir que la inflación estaba controlada?

—Porque los sueldos subían en base a la inflación —me aventuré a decir como si estuviera en el colegio y esperara la aprobación del maestro.

—En efecto, de tal manera que el endeudamiento de las familias se disparó. Pero también el de la pequeña y mediana empresa, que cuando cobraba pedidos de diez mil, recibía pedidos por veinte mil.

—¿Y cómo que la gente no protestó? —indagó a mi amigo, Papí.

—Aquí tenemos respuesta para todo en nuestro refranero: "pan para hoy y hambre para mañana". La avaricia, Papí, la avaricia que es muy tentadora. El ladrillo era una inversión segura, así había sido históricamente, y tras esa falsa premisa se escudaron.

—Pero no fue así, los bancos

tras la crisis no daban crédito. El precio de la vivienda se estancó,¿no?

—Dejando a miles de familias encerradas en una trampa mortal, y a miles de empresas también, y a montones de gente sin trabajo. Si, amigo así fue y así es.

Mi amigo adquirió un gesto grave, casi de dolor. Papí y yo lo adquirimos también, nos quedamos muy callados. Papí se atrevió a romper el silencio.

—¿Queréis algo para refrescaros? "Yo lo invito".

Nos trajo unos refrescos, pegamos un trago, me quedé pensativo.

—De todas formas no entiendo qué relación puede guardar esto con Libia —dije.

Papí estaba conmigo.

—Todo guarda relación. Si la encuentras, aunque no lo parezca, es como el lápiz de la Luna.

No sabía que quería decir con lo del lápiz de la Luna, de todas maneras dejé que continuara hablando.

—La globalización ha convertido el mundo en un enorme juego de ajedrez donde se juegan múltiples partidas simultáneamente. Las piezas son unas pocas macrocorporaciones financieras. Unas son reinas y tienen mucha movilidad; otras reyes, t están muy protegidas; algunas todavía peones que intentan convertirse en reinas. Las reglas del juego las impone el fondo monetario internacional, el juez es el banco mundial. Y el campeón mundial que juega las simultáneas, el mercado. Sus oponentes, pues la mayoría de las siete mil y pico de millones de almas que pueblan el planeta. Y que esos siete mil millones y pico se muevan hacia donde el mercado quiere es una tarea de organización, de elaborada

organización.

—Y eso ¿qué quiere decir?—.

Lo desafié, ya que pensaba que no me había dado ninguna respuesta.

—Pues quiere decir que, por un lado se está jugando la partida del petróleo, y por otro, la deslocalización en la búsqueda de mano de obra barata. No se puede jugar dos veces la misma ficha que con Irak, armas de destrucción masiva, torres gemelas y todo eso, ya que los seis mil y pico millones estarían al quite, y ya no les saldría bien, no sería una buena jugada. Mejor se prepara la jugada en otros territorios más afines, Túnez y Egipto. Se mueven los hilos necesarios para que la oposición se anime, por ejemplo, asegurándoles que el ejército de esos países no va a actuar. A continuación hay que fomentar una opinión internacional de aprobación, y se deja a todo el mundo desco-

locado y sin saber qué opinar cuando se toca a Libia y a su petróleo.

—¿Eso no pude ser, quieres decir que gente del Magreb actúa de acuerdo con corporaciones?— dijo el camarero con su característico español.

—No, no, la gente del Magreb pide libertad y democracia de corazón, esa es la trampa de la jugada, que la gente de buen corazón va a presionar en la misma dirección para que no se les abandone a su suerte. Es una jugada maestra. Pero el petróleo de Libia y de Irak va a dejar de ser para los habitantes de Europa porque China lo necesita, bueno China no, sino las macrocorporaciones financieras que han invertido para que se produzca allí. Si los trabajadores de China supieran que lo que ellos fabrican se vende aquí en la mayoría de los casos mil veces más caro que lo que les cuesta

producirlos... eso sí que generaría revueltas sociales. Porque allí, mientras que no lo sepan, con el tiempo, sí que tendrán en un futuro no muy lejano la sartén cogida por el mango. Pero aquí, salvo casas, con nuestros sueldos, y ojo que creo que son insuficientes, ¿qué vamos a fabricar?

—Pero aquí no vamos a permitir eso. Eso sí que no. Europa ha luchado y luchará siempre por las conquistas sociales.

—En las democracias occidentales hace tiempo que el pueblo perdió su poder. Escogemos gestores, no gobernantes. No dirigen, gestionan mejor o peor una política que les viene impuesta. La sociedad del bienestar ha dejado de ser útil.

—No *tene* que ser útil, *tene* que ser justa. Tener educación y sanidad gratis, eso está bien para todos los pueblos, somos seres humanos.

—No, no somos seres humanos, somos cifras en una curva de gráficos de dividendos. Una vez desmembrado el bloque soviético, no existe necesidad alguna en demostrar que el capitalismo es más beneficioso para el ciudadano que el comunismo soviético, comunismo que, por otra parte, no era más que una dictadura con falsa etiqueta. Además, se ha conseguido ya introducir en la mente de todos que los planteamientos sociales y de poder del estado son peligrosos, trasnochados y hasta ridículos.¡Pues ya está! ¡Cogemos la sociedad del bienestar, apagamos, y nos vamos! Porque, como os he dicho, ya no hace falta seguir aparentando, la competencia ha desaparecido.

Una sensación agria se nos metió en el cuerpo. Era una desazón que era imposible de ocultar en los rostros. Hasta en el mío. Mi amigo se dio cuenta y

quiso levantar los ánimos.

—No os preocupéis, todo esto acabará, terminará pronto.

—¿Cómo? —preguntamos al unísono los dos.

—Bueno, tenemos el plan A y el plan B.

—*¿Cuál es lo mejor?*.

—Decidid vosotros mismos. El plan A, ya lo vistéis en Japón, es un plan ajeno a nosotros. La dictadura financiera y su concepto de crecimiento infinito nos llevará irremisiblemente a un punto sin retorno donde el calentamiento global se ocupará de dar al traste con el absurdo sistema de acumulación de riqueza sin su posterior y equitativo reparto. Es la bonita fórmula que siempre multiplica por más: más calor, más frío, mayores nevadas, mayores lluvias, más inundaciones, más huracanes, más tifones, más volcanes en activo, más terremotos y maremotos, algún que otro tsunami y toda

la radioactividad nuclear que hemos almalcenado con amor durante las últimas décadas suelta por ahí.

—¡El plan B, el plan B! —gritamos convencidos sin siquiera saber en qué consistía.

—El plan B consiste en que todos juguemos la misma partida de ajedrez. Vamos a ver, en el fondo, todos los seres humanos deseamos las mismas cosas, todos los seres humanos deseamos lo mejor para nuestro tiempo de vida, para el de nuestros hijos y el de nuestros nietos. A las personas les gustaría tener la seguridad de que va a poder educar con los suficientes medios a sus hijos, la garantía de que va a tener la enfermedad y la vejez convenientemente asistida, que va a tener una remuneración justa y suficiente por su trabajo, un techo seguro bajo el cual habitar, unos precios sostenibles libres de especulacio-

nes y unas leyes que nos faciliten todo esto y nos protejan de aquellos que pretendan impedirlo. Si todos movemos nuestras fichas en esa dirección, no cabe duda que de ser una simple cifra volveríamos a ser, de nuevo, personas. Ahora, la abrumadora mayoría de gentes sencillas de bien está asustada. El miedo es el principal enemigo de la igualdad. Por eso, no pueden ver con claridad que vivimos en un sistema feudal-financiero. Nos meten miedo, pero los que realmente están aterrados son ellos, ese es el motivo por el cual se parapetan detrás de los estados y se arropan con su poder. Saben perfectamente de nuestra abrumadora mayoría y que contra nuestra unidad no tienen nada que hacer. Por este motivo nuestros movimientos de ficha deben llevar la misma dirección. Pero para eso tenemos que estar informados, muy informados, y

además, los que lo estemos, tenemos la obligación moral de transmitir esa información. Especialmente si es gente formada y, como tú, se halla en paro, debes hacer fructífero este tiempo —dijo refiriéndose a mí.

Se acercaba el mediodía y la actividad se sentía en la ciudad. La salida de oficinas y colegios renovaba la calle de ritmo transeúnte. Nos despedimos de Papí , y en la esquina siguiente, tras preguntarle por su mujer y sus hijos brevemente, le dije adiós a mi amigo. Caminé varias manzanas más, tiré mi raída chamarreta a un contenedor, bajé al subterráneo, arranqué mi lujoso coche, y antes de subir a mi flamante despacho, me puse mi chaqueta y mi corbata.

III

Una vez allí, debo conferar que tardé poco en escribir el informe. En él, poco más o menos incidía en aumentar el uso del término mejora del ser humano en referencia a las políticas de ajustes. En aunar el concepto de sostenibilidad a los programas de deslocalización, y el de lucha contra las desigualdades a los recortes de beneficios sociales. El concepto básico que transmitía era el de convencer al sujeto de que la pérdida de bienestar era para asegurar el futuro. De la misma manera que convencimos al sujeto de que la pérdida de libertad era para garantizar su seguridad, ahora apostábamos por la salvación del ser humano y del planeta en el que habita.

Antes de enviar el correo, decidí teclear en el buscador "El lápiz de la luna".

Parece ser que al encontrarse

con el problema de la gravedad a la hora de escribir en el espacio, en plena carrera espacial, el gobierno de los Estados Unidos diseñó un costoso bolígrafo cuya tinta era bombeada por una cápsula de hidrógeno. Los soviéticos optaron por llevarse al espacio un lápiz. Sonreí. Añadí a mi correo la recomendación de evitar que los sujetos encontraran la solución más simple a todos sus problemas, y que consistía en que el poder pasara de las manos de mis superiores a las manos de todos, y tras poner punto y final, lo envié.

Luego, añadí el nombre de *mi amigo* a la lista negra y la envié, también.

No he vuelto a ver a mi amigo.

EL NUEVO CUENTO DE BLANCA EN LA NIEVE

I

Muy joven. Muy ingenua. Pensaba que lo sabía todo, pero en realidad, lo ignoraba casi todo.

Blanca estaba tumbada en la cama con los codos sobre el colchón y las piernas flexionadas hacia arriba. Sus pies, envueltos en unos calcetines con la imagen de su ídolo musical, se movían al ritmo de la música del momento. Entre una pregunta y otra de un test titulado *Conoce a tu pareja perfecta*, mordisqueaba el lápiz con aire despreocupado, ajena al destino que su madrastra le tenía preparado y que caería sobre ella como una aplastante losa.

Su madrastra, al casarse con su padre, noble de buena cuna, pensó que la vida le iba a resultar fácil, pero se equivocó por completo. Tras su muerte, tuvo que aprender las maneras de los hombres para dirigir el negocio

que había heredado de su difunto marido: la Magic Mirror Company. Empresa que hasta la fecha, más que dinero, sólo le había traído quejas de su clientela, ya que el espejo era más sincero de lo que los que se asomaban a él estaban preparados para soportar.

Aún así, parecía que no había escarmentado, y quiso repetir el mismo patrón, probando *fortuna* con su hijastra Blanca. *Una mujer, de lo que tiene que ocuparse es de saber escoger bien a su marido para que la sustente y la colme de lujos y presentes*, le repetía una y otra vez a Blanca.

—Espejito, espejito mágico cual es el noble de más alto rango soltero —le preguntaba al espejito con el fin de ver cumplido en ella esta ilusión.

—El príncipe —contestó sobrio y escueto el espejo mágico.

No obstante, tras unos segundos de silencio, el espejo volvió a

hablar:

—Pero déjeme decirle que....

Sin embargo, la madrastra no quiso escuchar más, ya había conseguido todo lo que necesitaba, y con una sonrisa maléfica, corrió rápidamente a comunicarle la noticia a su *incorregible* hijastra.

Se plantó delante de la habitación cerrada y comezó a aporrear la puerta. Blanca contestó de mala gana. Le molestaba soberanamente que la interrumpieran cuando estaba hablando con su amiga Bella, la cual llevaba la tira de tiempo sin levantarse de la cama con la excusa de alguien le había lanzado una maldición para no ir al instituto. Blanca cerró el mesenger para que su colérica madrastra no le fisgoneara.

—¡Qué!—Volvió a gritar de mala manera al abrir la puerta.

Lenta y parsimoniosamente, la madrastra le trasnmitió su irre-

vocable decisión de casarla con El príncipe lo antes posible.

Al abandonar la habitación, Blanca, se tiró sobre la cama y comenzó a llorar.

—Pajarito, ayudame—dijo sollozando aún—¿Qué puedo hacer? Yo quiero ser una chica *fashion*, ganar un reality show, vivir mi vida... Quiero ser una estrella del pop y salir con algún futbolista.

—Mi querida niña, —le contestó su agarponi— tu madre no es mala, quiere para ti lo que en otros tiempos era la única opción para una mujer, depender de un hombre, pero ahora son otros tiempos, aunque a ti no te hayan enseñado a sobrevivir en este mundo de ahora. Créeme niña, la naturaleza es sabia y yo soy naturaleza. Ser la ganadora del próximo Gran Hermano no es la única opción que te ofrece el camino; de hecho, si lo piensas bien, es una

de las más difíciles. Necesitas saber, porque si no sabes...

—Yo ya sé —dijo ella convencida.

—Tu no sabes nada, niña, pero no es culpa tuya, es que no te lo han enseñado.

—¿El qué?

—El gusto por aprender.

—Aprender qué.

—Pues lo que sea. Todo. Que sientas deseos de saber cual es la realidad que te rodea en todos los sentidos. Sabiduría. ¿Te suena de algo esa palabra? No,¿verdad? Pues te diré un secreto: *sabiduría es igual a independencia.*

—Pero si yo quiero a mi príncipe, pero que sea el que yo elija.

—La independencia no está reñida con el amor, de hecho lo fortalece, puesto que la pareja se basa en la mutua libertad. Ninguna persona es dueña de nadie salvo de sí misma —concluyó el agarponi antes de salir volando y de

perderse por el jardín.

Con los consejos de su mascota en la cabeza, Blanca decidió marcharse del castillo de su madrastra, no sin antes soltar una lágrima al despedirse de su teléfono móvil. Tenía que romper todo contacto.

Aun no había salido de los alrededores del castillo cuando en el primer semáforo, el leñador de la casa se interpuso dispuesto a darle un hachazo al motor del pequeño utilitario de Blanca.

—¡No puedo! ¡No puedo! —dijo tapándose la cara arrepentido de la acción que iba a cometer—.Tu madrastra me ha encargado que impida tu marcha. Pero, pobre chiquilla, te espera una vida desgraciada.

Ante el desconcierto de Blanca, el leñador volvió a tomar aire, como armándose de valor y dijo:

—¡Tu príncipe está en paro!

—Pues vaya notición, como me-

dia humanidad.

—No, es peor, es ¡góthico! Y no hace nada.

—¿Nada?

—Bueno, está con algo de videojuegos pero, ¿qué haces ahí parada? ¡Huye! ¡Huye, chiquilla! Y no vayas a pilates ni pases por los centros comerciales. Te estarán esperando.

Blanca atravesó los bosques y llegó a lo más profundo de la sierra. Allí, cansada, encontró una cabaña y sin pensarlo dos veces, cayó rendida sobre unas pequeñas camas.

II

A la mañana siguiente, unos pequeños dormitaban sobre el suelo. Al parecer, al llegar a la casa y verla tan profundamente dormida, no se habían atrevido a despertarla.

Blanca comenzó a despertar y

al abrir los ojos y verlos, se sobresaltó.

Los pequeños estaban sucios, llenos de carbón. De un vistazo, llegó a contar hasta siete. Luego miró al rededor y vio que la casa estaba muy desaliñada.

—¿Tú eres una mamá? —preguntó el más atrevido.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¡Vete!—dijo otro gruñendo.

—¿Te quedarás? —preguntó otro sin perder la sonrisa.

Otro de ellos iba a decir algo, pero se quedó callado en el último momento. De los que quedaban, uno sencillamente se sonó con gran estruendo; otro bostezó y el último, sin mediar palabra, decidió abrazarse a ella con cariño.

No tardó mucho tiempo Blanca en ponerles nombre: Sabio, Gruñón, Feliz, Tímido, Mocoso, Dormilón y Mudito.

Los pequeños le explicaron que

eran huérfanos y que se ganaban la vida trabajando en una mina de piedras preciosas de sol a sol. Blanca les aclaró que aquellas piedras que recogían tenían un valor inmenso y que a ellos no les daban ni las migajas de lo que valían. También les dijo que eso que ellos sacaban de la mina costaban tan caras únicamente porque se especulaba con su valor en los mercados bursátiles, germen y origen de la pobreza en el mundo, concluyó.

Poco a poco, les fue enseñando con mucha paciencia a realizar las tareas domésticas y a cuidar de su aseo personal. Mientras lo hacía, les iba explicando que esos conocimientos eran tan básicos e indispensables cómo saber leer, sumar y restar, y que se sentirían más libres e independientes cuanto más tareas aprendieran y realizaran.

Paso a paso, y gracias también al granito de arena que ponían

los animalitos mágicos del bosque, la casa y ellos fueron tomando un aspecto digno y reluciente.

Blanca, que estaba siguiendo a pies puntillas los consejos de su agarponi,le sugirió que ahora que ya dominaban las tareas de la casa que no se obsesionaran con la limpieza y que emplearan tiempo del día al cultivo de la mente.

Y ella también se aplicó el cuento. Por el día, visitaba a los lugareños de la zona para aprender cultura ecológica y ganadería tradicional. Por las noches, estudiaba Jardín de infancia. Fueron días duros que, finalmente, dieron sus frutos, y la escuela eco-granja fue una realidad.

Entretanto, su madrastra estaba muy ocupada buscando un buen partido para ella que la sacara de deudas. No pasó mucho tiempo hasta que llegó a sus oídos noticias, rumores de que

Blanca se había convertido en una emprendedora muy capaz. Segura e independiente. Cuando comprobó que era cierto, decidió acudir de nuevo a su espejo mágico en busca de ayuda.

—Espejo, espejíto mágico, — le dijo — ¿dónde se encuentra ahora Blanca? ¡Muéstrameló!

El espejo proyectó una imagen en la que se veía cómo todos los pequeños se despedían de ella con una mochila a la espalda, y emprendían el camino matutino al colegio. Traas esto, pudo verse cómo Blanca canturreaba mientras daba de comer a las gallinas y abría la estancia para que ovejas, vacas y caballos pacieran tranquilamente.

La madrastra no lo pudo soportar y se disfrazó de agente de venta de una inmobiliaria. Al llegar a su casa hizo como si se hubiera perdido, Blanca la hizo pasar... La madrastra estaba irreconocible, tanto de

físico como de carácter. Se mostraba simpática, agradecida y llena de buenos modales. La engatusó y acabó firmando la hipoteca de un adosado por mil doscientos euros al mes durante cuarenta años. Cuando Blanca reparó en lo que había hecho se desmayó tan profundamente que nada era capaz de despertarla. Los pequeños la lloraban pensando que había caído en un encantamiento y que ya nunca más iba a despertar.

Pasaron los días y Blanca no se despertaba. Y los días transcurrían iguales unos a otros. Parecía que nada iba a cambiar pero un día...

III

Un día llegó aquel muchacho que llamaban El príncipe buscando trabajo con aire muy despistado. Los pequeños, desespe-

rados y sin venir mucho a cuento, enseguida le pusieron al tanto de su desgracia.

El muchacho les escuchó atentamente, y luego, leyó el contrato de la hipotéca y dijo:

—Esto no vale para nada, no tiene ninguna validez jurídica. Creedme, lo sé bien, soy El príncipe, y esto está fuera de la jusrisdicción de mi reino.

IV

Las palabras del muchado se colaron dentro de Blanca y esta despertó:

Blanca despertó instantáneamente al escuchar estas palabras...

Y ahora viene lo de y fueron felices y comieron perdices pero hay que aclarar que Blanca no le pudo dar trabajo. El chico siguió buscando, malos tiempos para él, no había ningún reino

que ofreciera un puesto vacante de Rey, pero no perdieron el contacto. Finalmente el amor se consolidó entre ellos, y Blanca se decidió a que se viniera a vivir con ella.

V

Los días han pasado y la magia de lo cotidiano envolvía aquel lugar. El Príncipe sacó los tiestos del lavavajillas, tendió la ropa, y les llevó el desayuno a la cama a los pequeños. A él le gustaba especialmente hacerlo y a los pequeños les encantaba. Luego, se vistieron, se cepillaron los dientes y bajaron todos a ordenar sus mochilas.

Blanca los esperaba normalmente abajo para despedirles con un beso antes de ir a trabajar.

Una noche, con los pequeños ya dormidos, Blanca se acercó a

Príncipe y le preguntó:

—¿Qué tal vas?

—El diseño del videojuego está prácticamente terminado, pero, no sé... tal vez, tal vez, algún día me encuentre a la gente jugando con él en sus casas.

—No pienses que es un cuento de hadas. Lo sé porque a mí me ha ocurrido.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

2012: EL DÍA QUE LA TIERRA TEMBLÓ

I

Aquellos discos, de una inmensidad tal que superaban la lógica de lo imaginable, aparecieron equidistantes, circundando el globo terráqueo en toda su totalidad.

El número de naves espaciales que iba apareciendo era tan abrumador que no existía rincón del planeta desde el cual no se vislumbrara alguna de ellas.

Como era de suponer, el pánico se apoderó, en mayor o menor medida, de los habitantes de la tierra.

En el mundo occidental, las cadenas emitían un interminable informativo donde filósofos, científicos, esotéricos, religiosos, metafísicos, políticos, militares y contertulios del corazón expresaban sus opiniones al respecto.

La versión extraoficial que fue cuajando en el subconsciente co-

lectivo era una mezcla de fantasías religiosas con mitos y leyendas desfigurados como la confirmación de las fatídicas profecías de Nostradamus, el asunto del final del calendario maya, el Armagedón del Apocalipsis bíblico, la era de Acuario, la última revelación entre otros.

Al final, el*Esto no puede seguir así y, algún día, esto reventará por algún lado.* tantas veces mentado parecía que iba a cumplirse y que era el final del sistema de desigualdades hasta ahora conocido.

Mientras tanto, por la tele, daban la versión oficial, según la cual, se advertía de que iban a lanzar una acción preventiva, para repeler un más que seguro ataque, dada la colocación estratégica de las naves. Decían una y otra vez que esta forma de actuar era la más responsable posible y que no quedaba otra.

Por su parte, la ONU, como era de esperar, no consiguión una postura consensuada.

Pero tampoco hizo falta.

II

En poco tiempo, y sin que se pusieran de acuerdo, las ojivas nucleares de China, Rusia, EEUU, Europa, Pakistán, Israel, La India y Corea del Norte fueron recalibradas para apuntar a la amenaza exterior.

Un simple gesto de cambio en la apariencia de las naves siderales bastó para que una oleada interminable de explosiones atómicas barriera el espacio circundante. Y eso fue, exactamente, lo que consiguieron; barrer el polvo espacial, porque la amenaza siguió inmune e imperturbable con la ceremoniosa operación de abrir los enormes círculos centrales de su superficie.

De pronto se escucho una especie de un chasquido atronador, y de estos círculos brotaron unos rayos que se desparramaron por toda la geografía terrestre. La humanidad se agachaba tapándose inútilmente la cabeza con las manos. Inútilmente, digo, porque los rayos eran de luz y una luz tan intensa que volvía todo del color que recibía. Al cabo de unos minutos así, toda la atmófera se cubrió de millones de arcoiris en cascada y en movimiento.

La visión era simplemente espectacular. Estábamos extasiados, pensando que no podríamos soportar tanta belleza. Y sin embargo, la cosa no quedó ahí.

III

Al cabo de un rato, un sonido comenzó a meterse por nuestros oídos.

Al principio, era suave y melódico, y paulatinamente fue aumentando su secuencia rítmica, hasta llegar a tocar cada una y todas nuestras fibras a la vez.

Y lo peor era que era imposible evitarlo, y aunque nos taponáramos los oídos, su frecuencia nos seguía llegando, y apuntaba directamente a nuestro corazón, que era donde sentíamos su vibrazión. Y cuando ya todos estábamos embargados de luz y de sonido fue cuando...

IV

... la tierra tembló.

Tembló. Literalmente.

La tierra tembló a causa de los botes de alegría que daban al bailar aquella música pegadiza, machacona, alocada, desbocada, magnética, irresistible para los siete mil millones de almas humanas que la sentían por den-

tro.

No hubo un solo fusil que se mantuviera en las manos, ni tanque que se mantuviera amenazante, ni un solo disparo, ni peleas, ni insultos, ni tan siquiera un reproche, solo se podía bailar, bailar, bailar, disfrutando hasta el éxtasis. La música aumentó su alegre cadencia aún más si cabe cuando los focos comenzaron a pivotar cruzándose entre ellos, al mismo tiempo que unos enormes flashes de blanco inmaculado perseguían a los graves. Desde la estación espacial, divirtiéndose como nunca con la no gravedad comentaron: “Houston, han convertido el planeta en una discoteca. Confirmo, han convertido el planeta en una discoteca y es precioso.”

Y toda la humanidad al unísono sintió una sola cosa que nunca había sentido tanto y de aquella manera y mucho menos toda ella junta...

V

... felicidad...

—Son curiosos estos seres humanos —pensaron desde una de las naves invasoras—. No tienen idea del poder que albergan. Son desmemoriados. A nosotros nos basta con la onda de pensamientos de felicidad que recibimos de ellos. Tenemos buena memoria. Esperamos que, dentro de otros 12 mil años, cuando volvamos, no hayan olvidado este sentimiento, y lancemos, la próxima vez los inductores sobre el planeta por el simple placer de la diversión.

Lo espero por su bien, me caen bien estos humanos...

—Dímelo a mí, yo llevo el pelo a lo "afro" por ellos.

EL CABALLERO TRISTE DE TERAPIA EN UN MUNDO FELIZ

—¿Y dígame, señor Ibrahim, cree que el volumen de su colección se encuentra más allá de lo considerado, digamos, razonable?

—No, no... De hecho he visto bibliotecas con colecciones que harían de la mía una recopilación provinciana. No, aún la tengo que mejorar.

—¿No le agrada ser provinciano?

—¡Qué va! ¡Todo lo contrario! Si cuando me puse mis mallas verdes, mi capa plateada y ese casco medieval que me compré en Toledo, solo pretendía ser un héroe local.

—Le gusta ser un héroe, por lo que veo.

—¿Héroe? No, no me gustó, ni siquiera sé si llegué a serlo.

—¿Por qué no lo sabe?

—Verá, yo pretendía que *El Caballero Triste* impartiera una justicia implacable, ejecutada de una manera precisa, fulmi-

nante; ser el protector de los indefensos, pero...

—Continúe.

—Me ahorraré los tacos, porque sé, señorita, que todo lo que yo diga va a ser publicado. ¡Pero es que el tipo este que conducía siempre poniéndonos en peligro a todos, se merece unas pocas palabras de esas que no se pueden decir. Su coche estaba tan personalizado, que parecía que te estaba diciendo: *He sido yo, otra vez, y lo sabes.* El caso es que no me resultó difícil localizar y quemar el coche de este energúmeno, pero el muy... no podía pagarlo y ya lo había vendido, con lo que le quemé el coche a una pobre muchacha inocente. Con el otro, *el arañacoches*, no me equivoqué, y disfruté mucho cuando descubrió lo que le pinté toda la carrocería con mi *batidora-picadora portátil*, con letras bien grandes. El tío no pensó que se

tratara de una acción justiciera del Caballero Triste, sino que se convenció de que la faena se la había hecho un vecino de patio, y en venganza, le quemó la moto; lo peor es que por poco mata por asfixia a sus propios padres, a medio vecindario, y a su hermanita. A esa chiquilla se la llevaron al hospital muy grave. Incluso aquella vez que conseguí atrapar al más odiado y buscado delincuente del barrio, ya sabe, al asesino ese que mató a la muchacha... incluso esa vez no lo pude sentir cómo un triunfo. Le propiné tal paliza con mi *lanzador-de-red-casero*, (no atinaba bien y siempre le daban los bolones de acero), que el tío dijo que había sido él a los polis y no contó nada de mí; lo tuvieron que soltar por un defecto de forma en la causa legal, y la policía me odia desde entonces, como si fuera mi culpa. De hecho, me han llegado a detener.

Fue una vez cuando ocurrió lo de la explosión del aerosol, en el tubo de escape del coche en el que pretendía huir aquel chorizo. Y otra vez, la peor, fue cuando magneticé, sin querer, el hospital entero, mientras perseguía a aquellos matones de instituto, a los que les tenía ya muchas ganas. No hubo desgracias de milagro. En fin, y aquí he acabado... en el psiquiátrico, hablando con usted.

—Estoy aquí para ayudarle.

—Lo sé, lo sé.

—Cuando vine aquí, y leí por primera vez esos ejemplares que usted me había dejado encima de la mesa, no pude parar, y comencé a comprarlos y a acumularlos. Así fue cómo comprendí que el mundo que yo veía, hecho de buenos y malos, solo pertenecía al mundo del cómic, me vi retratado en él, y yo ya sabía que esa no era la realidad, que la realidad era mucho más impre-

cisa. Ahora, estoy dibujando mi propio cómic: El Caballero Triste, y con él trato de poner en sobreaviso a todos aquellos que recurren a la violencia y hacen uso la fuerza física de forma gratuita; con mi obra me dirijo a la gente como yo, a los que se les puede ir la cabeza en un momento determinado y pagar después muy caras las consencias. Dibujo para estos y para todos en general, para decirle al mundo que hay que aceptar el sistema de justicia como único garante de la ley. Aunque de sobre sé que, a veces, las injusticias son muy palpables, y que parece que la ley protege a los individuos de esta calaña, pero el Estado debe asegurarse de no tener a un solo inocente entre rejas, porque es fácil equivocarse, ¿no cree usted, señorita Eliza?

—Señor Ibrahim, esta usted completamente recuperado, no es necesario que vuelva a visi-

tarme.

—Gracias, doctora Eliza, es una pena que no la haya podido conocer personalmente y que sólo nos comunicáramos a través de este chisme.

—Como ve, no ha sido necesario. Adiós.

CORAZÓN DORMI- DO

(—Es el día).

(—Es la hora).

(—No hagas caso—), me decían en voz baja, nerviosos.

Mientras, yo percibía cómo el color negro que me rodeaba se tornaba azul; primero de una manera tímida, después, decididamente luminoso.

(— Es mentira).

(—Es mentira—), repetían susurrando, insistentes, casi desesperados.

Pero no cabía duda, en un solo y mágico instante, la línea del horizonte se perfiló verde, los violetas se despejaron y una brizna naranja apareció, asomándose como si siempre hubiera estado escondida ahí detrás. Llamó a sus compañeras y todas, una tras otra, aparecieron como corte nupcial de la poderosa esfera. Conforme iba ascendiendo, dejaba ver, cada vez mejor, su circular perfección.

Desperezando su encendido magenta, miró a su alrededor y ofreció, a mis ojos, la vista del lugar dónde me hallaba. Las gotas de la hierba estrellaron el suelo, el apacible lago cambió su oscuro traje de noche por suave celeste, y en él, se miró miles de veces en el espejo, sonriente. Y yo lo vi, levanté la cabeza y allí estaba, dominando el cielo con intenso amarillo cegador, pensé que los árboles saldrían ardiendo.

(—Vamos a morir abrasados—), dijeron, cuando, al iluminar la atronadora cascada, esta se filamentó en reflejos doradas. Y así fue, mis miedos e inseguridades, mis voces, se fueron con el murmullo de la luz.

Fue entonces cuando escuché el sonido de nuestras copas y observé su rostro de nuevo, el de ella, a través del contenido dorado. Ella había retirado sus labios de los míos.

No cabía duda, en el tiempo de un beso, mi corazón se había despertado.



CIELO Y TIERRA

I

—No quiero, no quiero, de verdad, mañana.

La paciencia de la madre estaba a punto de romperse, aún así le dijo calmada:

—El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha es lectura obligada, no quedan muchas vacaciones, si no lo lees tú, te lo tendré que leer yo.

—Pero mañana, de verdad.

La madre suspiró y se tumbó igual que la niña sobre la hierba seca viendo cielo, solo cielo. Las nubes pasaban rápidas, el aire olía a final de verano, refrescaba un poco, una sensación olvidada desde el invierno. Pero así era, el aire cada vez menos salado, la playa cada vez más alejada.

Por un instante, se sintió ausente, sin la presencia de su hija y, por un instante, la niña fue ella, tumbada, al igual que aho-

ra, pero en la azotea de su casa, sintiendo el mismo aire, el mismo fresco, mirando nubes solitarias, encontrándole formas y sintiendo de igual modo el final del verano, resignada a soportar los deberes de lo cotidiano y sin la tarea hecha, como su hija. Ahora, treinta años más tarde, seguía sin entender por qué la vida no era un verano continuo. Dobló la cabeza y miró el rostro de su hija. Seguía soplando el aire fresco.

—Tienen vida, ¿sabes?

—¿Quién, mamá?

—Las nubes, que tienen vida.

Se levantó, tiró del brazo de su hija diciéndole:

—¡Vamos! Todavía tienes que ducharte, tenemos que ducharnos las dos.

La niña se incorporó y se fueron caminando hacia la venta.

Al hacerse de noche, la abuela sirvió puchero para todos. La

luz de la solitaria venta atraía a los mosquitos, aunque a estas alturas del verano ya ni picaban.

En medio de la cena, su hija preguntó:

—Abuela, ¿es verdad que las nubes tienen vida?

La abuela miró a su hija como la miraba cuando era niña y había hecho alguna cosa mala.

El abuelo, que siempre cenaba antes y solo, se rió desde su sofá.

—Ya veo que tu madre te ha contado cuando Don Quijote estuvo aquí. —Se rió de nuevo. —Tu madre era muy niña, pero no se le olvida.

—Don Quijote está muerto —afirmó la niña.

—Don Quijote es inmortal. Además, era su espíritu.

—Vas a asustar a la cría —le reprendió la abuela.

—Si es inmortal, ¿cómo va a tener espíritu? —replicó la niña.

—Su espíritu, su espíritu es in-

mortal, —aclaró su abuelo mientras pensaba que hoy en día, no había quien pudiera con estos niños tan sabiondos.

El abuelo comenzó a relatar la historia. Con tan solo escuchar las primeras palabras, la madre quedó abstraída, y volvió a su infancia, al momento en que relataba el abuelo.

II

El momento en el que de aquel primer autobús se apearon un buen número de turistas. El primero de uno de tantos que cambió su vida, que la ancló allí, a la vera del mar. De los que en una ocasión se bajó el que sería el padre de su hija y de los que, en otra ocasión, se subió y se marchó.

Sin esfuerzo alguno, veía en sus recuerdos aquel primer autobús. Veía cómo trapicheaba el

conductor con su padre una comisión por traerles los turistas aquí y cómo acordaban sostener que la venta, nuestra venta, era una de las *auténticas* posadas mencionadas en la obra del Quijote.

A este hombre se le ocurrió la idea cuando al viejo cartel de "VENTA TOBIAS Y ALONSO", se le cayeron algunas letras y sólo se podía leer "VENTA TOB O SO" y porque el conductor ya era ducho en manejar a los recién estrenados turistas.

De hecho, no tenía ningún escrúpulo al ofrecerles las más pintorescas excursiones. Los turistas querían tortilla y pandereta y él se los daba. Los trataba, seguía recordando, de igual manera que si fueran tontos, es más, ella pensaba que, con lo bruto que era aquel hombre, estaría convencido de que lo eran.

A ella, sin embargo, el recuerdo de todos aquellos turistas la

enternecía. La encandilaron desde el primer momento en el que llegaron con sus vestimentas alegres y chillonas. Aquí solo se veía el beige, el negro, el gris y el blanco añil en los atuendos de los autóctonos.

También le gustaban las educadas maneras de esos extranjeros. Su espléndida generosidad; siempre tenían alguna moneda o alguna chuchería para ella. Cuando le hablaban, mitad chapurreando y mitad con señas, le enseñaban fotografías de bosques, hermosas casas de madera pintada y de ciudades nevadas. ¡Y a color!

Ella recordaba cómo se acostumbró a que estos llegaran y se marcharan. Pero aquellos del primer autobús fueron especiales. Eran los primeros y eran tan distintos a la gente que ella acostumbraba a tratar... Nunca los olvidará.

Además, aquel autobús, pensa-

ba, sacó a su padre de la miseria de los cuatro vinos y las cuatro tapas que servía a la gente del campo y de las salinas y con los que apenas sobrevivía.

Los turistas, en cambio, le llenaron el hostal, limpio y sencillo, y lo salvó de la persistente decadencia. Se reía con el pensamiento al acordarse de que, en aquel entonces, su único cliente alojado era un bachiller de un pueblo de la sierra hijo de un conocido de su padre. Lo tenía en el hostal de la venta porque se había venido al colegio de salesianos de aquí a estudiar.

Al conductor, para aumentar el tiempo de estancia y su comisión, se le ocurrió decir que el verdadero Alonso Quijano era un loco que existió realmente en los mismos tiempos de Miguel de Cervantes y que vino a morir aquí mismo, entre marismas y playa, cerca de la venta, y aquí se enterró. No le pare-

ció eso suficiente y para darle un halo de embrujo, “embrujo andaluz”, cosa que gustaba mucho a los turistas en aquella época, se le ocurrió decir también que el último día del verano, su espíritu se aparecía y rondaba por las inmediaciones del hostal.

Ella recordó también cómo durante aquellos días los turistas iban y venían por el camino de la playa encantados de aquel lugar. Recordaba que su padre nunca había hecho tantas tortillas de patatas, ni su madre tantas veces paella, ni servido tantos tintos con sifón. Sonreía al acordarse de las caras de felicidad, a pesar del trabajo, de sus padres. Y sonreía también porque estos viajeros se asombraban de que una pequeñaja como yo supiera tanto del mar y de la arena. Ella les explicaba cómo coger bocas sin que se les agarraran las pinzas, cómo

atraer camarones, cuáles eran los respiradores de los muergos. Mis juegos de verano.

Por las noches, aquellas frescas noches, el conductor se las había aviado para ofrecer a los turistas un sinfín de diversiones quijotescas para entretenerlos, desde la corrida de ovejas, en las que a lomos de una vieja mula y caña en mano se intentaba reunir al rebaño (cosa que en el fondo siempre terminaban haciendo los perros), hasta el simulado viaje en una silla de cañas a tierras del gigante Malambruno donde ganaba el que más tiempo aguantara vientos, calores y sacudidas. Para los más osados, estaba la manta de Sancho Panza, que a ella provocaban mucha risa y a los turistas también, aderezados como estaban con los litros de sangría que a esas horas ya se habían bebido.

Al abandonar sus pensamientos y volver a la realidad, el

abuelo continuaba la historia. Le estaba contando a su hija el momento en el que decidieron disfrazar al pobre muchacho, el bachiller, con aquella especie de armadura. Cómo le proporcionaron simulada lanza y hasta una bacía que hacía las veces de yelmo de Mambrino. Al caballo que le buscaron al bachiller, no hacía falta llamarlo Rocinante pues era un jamelgo de igual estampa.

Todo estaba dispuesto para la aparición. Todos menos el bachiller que, estando enamorado de una de las jovencitas turistas, se vio presa de un ataque de vergüenza al verse de esa guisa y pensar ella pudiera reconocerle con esas pintas.

El momento, la violeta noche de sol recién puesto iba a pasar.

—Todavía recuerdo el momento de emoción contenida —decía su padre—, a pesar de que ella conocía el engaño. Y aquellos

ojos de ilusión, de expectación, y el sobrecogimiento posterior cuando todos, turistas y no turistas, vimos aquella nube de reflejos rosados tomar forma y simular al mismísimo Caballero de la Triste Figura, o más bien de los Leones, pues la nube, lanza en mano, cabalgó espectral hasta el ras del suelo y atravesó con su húmedo vapor las ordas de turistas ante su estupor, miedo y posterior aplauso cuando se encaminó al rebaño y las correteó durante algo más de un minuto para después ascender y retornar a su simple forma original de nube. Para culminar la expectación, el bachiller, finalmente, apareció; se había entregado antes al trabajo de hacer lumbre tras una duna para disimular en lo posible su rostro con la ceniza. Cuando consiguió una buena llama, vertió una palangana de agua de mar sobre él y apareció tras

una duna. Lo hizo entre humos del hervor de apagar las llamas y amarillos reflejos de los rescoldos que aún quedaban. El aplauso se volvió atronador. Su figura recortada por el azul de la primera noche y las primeras estrellas encima de una duna imponía. Una vez visto por todos desapareció otra vez tras ella lleno de regocijo por tanto aplauso. Mi hija se reía mucho con su abuelo porque mi padre contaba esto con mucha gracia.

Fueron muchos los años en el que los turistas vinieron a ver la aparición, pero esta nunca se volvió a repetir. Venta y hostal se mantuvieron prósperos, hasta que la carretera cambió de trayecto y surgieron apartamentos, grandes hoteles, los turistas cambiaron; en realidad, todo cambió.

El conductor y su padre se jubilaron. Ella se pasó la vida allí, ayudando, eso fue lo que le quedó,

y la casa de su niñez es ahora también la casa de la niñez de su hija. Ahora han vuelto las gentes del campo cubierto de plástico, gentes de África, del Magreb, y gracias a ellos se gana la vida.

III

Me gusta mirar la tierra, sus formas, sus gentes, un tiempo allá abajo, un tiempo aquí arriba. Me he visto, sé que ya estoy allá abajo, no sabe quién soy. Me he llevado mucho tiempo acá arriba. Siempre me gustaba pasar por aquí, me gustaba que me dieran forma. Sin ella saberlo, me hice su amigo, sin ella saberlo he visto su vida, y sin ella saberlo desde que me hice Quijote por ella, la hice a ella mi Dulcinea. Llegó la hora de moverme; un tiempo arriba, un tiempo abajo. No puedo es-

tar en los dos sitios a la vez por mucho tiempo y ahora es el momento.

IV

La niña se acordaba mucho de aquella historia y ahora miraba las nubes de otra manera.

—Mamá, no me imaginaba que fuera tan divertido... ¿Sabes? Creo que la gente es así.

—¿Así cómo?

—Pues que le da miedo imaginar.

—Sí, y que llaman loco al que sueña.

Madre e hija se habían bajado del coche, caminaban por la acera cerca de la puerta del colegio, era el primer día. Lluvia.

—¡Lluvia!¡Las primeras lluvias! Levanta la cabeza y abre la boca, trae suerte.

La madre no vio a aquel hombre. El hombre al tratar prote-

ger de la lluvia un bloque de folios, tampoco la vio, y el encontronazo fue inevitable. Ella acabó en el suelo y los folios por los aires. Él se apresuró a levantarla.

—¿Se encuentra bien?

—¡Oh, sí! ¡Dios, sus papeles!

—No se preocupe, es la novela de un amigo, la imprimiré otra vez.

—Deje que yo se la imprima, tengo fotocopiadora en la tienda, bueno, es un hostal, la uso para los menús, ya sabe.

—No, no es necesario. Pero muchas gracias. Se lo agradezco.

—De verdad, he tenido la culpa yo, estaba mirando al cielo. ¿A dónde se la mando, cómo se llama?

—Alonso Quijano, y busco hospedaje.

INHUMACIÓN ILEGAL

Mi amigo Ramón dice que, en estos tiempos que corren, la televisión y los televisores vienen a ser la versión electrónica del diablo.

—¿Dónde tienen los televisores los cuernos? —Le preguntó divertido por su ocurrencia.

Me explica que los cuernos de los nuevos diablos electrónicos pueden ser perfectamente esas antenas que se colocan sobre los televisores para mejorar la imagen. Luego, enciende un cigarrillo y me cuenta que, hace un par de semanas, tuvo la ocurrencia de enterrar su televisor portátil, de diez pulgadas, mientras estaban retransmitiendo uno de esos programas en los que la gente se insulta y se tira los trastos a la cabeza.

Era una noche de plenilunio y hacía un calor sofocante —recuerda— . Bajé al solar que hay delante de la casa, puse el televisor en marcha y lo deposité cuidadosa-

mente en el fondo de un pozo que había cavado aquella misma mañana al pie de un olivo. Luego empecé a echar la tierra removida encima del televisor sin que la presentadora y sus colaboradores se dieran cuenta. Fue así cómo consumí el primer televicidio de la historia.[1]

—¿Y qué sucedió luego? —Le preguntó de nuevo intentando comprender por qué estaba tan intranquilo.

—Nada, nada, si no ocurrió nada...

—Pero es que tuve uno de esos sueños, ya sabes.

—No, no lo sé, ¿me lo vas a contar?

—Está bien.

Aún se tomó un instante.

—Primero fue normal. Dentro de lo que cabe. En mi onírica translación, me había convertido en el blanco fácil de esos pro-

[1] Este texto no pertenece a los autores

gramas y me estaban vapuleando a causa de todas esas nimiedades que uno desearía no haber hecho y que no tienen más transcendencia y que todas las personas hemos podido cometer en algún momento de nuestras vidas, pero que, al verse amplificadas por las antenas del diablo, parecían imperdonables crímenes contra la humanidad.

Al despertarme algo alterado, me dispuse a desayunar, encendí el televisor como de costumbre, y casi se me cae el café de las manos al comprobar que en la pantalla aparecía yo desayunando con el café que casi se me caía de las manos mientras que encuadradas en otra pequeña imagen aparecía un grupo de arpías que reclinadas en un sofá me seguían golpeando verbalmente por mi mal aspecto de recién levantado y lo torpe que era agarrando la taza.

Asustado, salí a la calle, re-

corrí el vecindario buscando ayuda, pero, en todas las casas, se oían gritos y peleas. Seguí corriendo. Al llegar al centro de la ciudad, observé exhausto que gigantescas esquelas de varias plantas de altura cubrían la fachada de los edificios indicando con nombre y apellidos el lugar donde había fallecido alguien recientemente al clamor de las multitudes que se agolpaban bajo ellas.

En esas pantallas, retransmitían las noticias, vociferando el hambre del subdesarrollo, las tragedias a causa del cambio climático y las calamidades de un sinfín de guerras.

De vez en cuando, los cortes publicitarios interrumpían invitándote a comer desorbitadamente y a consumir con energía.

La muchedumbre humana, insensible y anímica, se agrupaba en las calles al son que les marcaban las cámaras allá don-

de, en vivo y en directo, grababan las atrocidades que cometían una serie de insensatos, desquiciados, descerebrados, histriónicos y demás fauna de indeseables para el regocijo del inconsciente público.

En la algarabía, un vendedor ambulante me abordó:

—Los últimos que me quedan, te lo dejo barato.

Lo miro, incrédulo. Trata de venderme una maceta con una cruz clavada en la que se lee: ¿quién quiere conciencia?

—Es el muñequito de moda de la tele, —insiste.

Luego, haciendo un aspaviento de escalofrío, me confiesa en voz baja:

—Dicen que tiene un televisor pequeñito bajo la arena enterrado— y otra vez vuelve a asentir con la cabeza de forma siniestra.

—Y fue entonces cuando de verdad desperté. Desorientado,

te he llamado para que vinieses. No me atrevo ni a encender el televisor ni aún menos pasar por donde lo enterré.

—Vamos, Ramón, ahí fuera no hay nada. Vayamos juntos a comprobarlo.

Lo animé para calmarlo, pero la realidad fue distinta. Bien distinta. El olivo, bajo el cual estaba la sepultura, crecía ante nosotros a ojos vista, desplegando sus ramas como brazos abiertos hacia el cielo hasta superar a la mayor de las antenas y, a su vez, a todas las antenas del vecindario. Ni me atrevía a decir que todas las ramas se marchitaron quedándose tan mustias como una maceta sin regar.

Los vecinos se asomaron a las puertas de sus casas aturdidos, desconcertados. Todos nos hallábamos, de repente, como al despertar de un sueño. Nuestras mentes estaban despejadas como si reconociéramos a un viejo ami-

go después de un largo período de amnesia.

El televisor se encendió y comenzó a repetir incansablemente:

—Esto no es un sueño, los hechos que se están desarrollando son increíbles. Es, al fin, la nueva y verdadera realidad. No hay imágenes suficientes para describir lo que está sucediendo...

—Y, ahora, ¿qué? Le dije ocultando mi alegría.

—¿Te sigue pareciendo un diablo, Ramón?

Esperó pensativo para responderme.

No, ya veo que se encontraba en nuestro mando, en nuestra mano, en nuestra voluntad, en nuestra conciencia.

HORA DE SABER

Siempre decía horas, minutos, segundos y observaba cómo todo el mundo seguía el son que él marcaba... días, años. Él dirigía el tiempo. Sin él había estados cíclicos, pero con él había precisión.

Cualquier otro reloj se sentiría satisfecho, orgulloso, incluso importante, allá en su estantería, centrado sobre ella, ricamente engalanado de orfebrería y con incrustaciones de preciosas piedras, centro de atención del que pasaba; pero este no. Sí y no.

No, porque iba adquiriendo la sensación, tomando conciencia en su devenir (el del tiempo), de que su función no era sino una más dentro de la inmensidad que le circundaba: el estante de mármol en el que se apoyaba, el altísimo techo plagado de los dos tipos de luces (las que se apagaban y las que no), el fuego que provenía de las entrañas (se llamaba chimenea) y tantos y

tantos muebles que se perdían en la lejanía de aquella enormidad (se llamaba palacio). Eso lo hacía sentirse diminuto, prescindible, vano y humilde, muy humilde.

Sí, porque él no se conformaba con su vida rutinaria, su sentido común abrazaba todo tipo de nuevos razonamientos, pero nunca se conformaba con ellos, ni se daba con facilidad por satisfecho. No buscaba la autocomplacencia sino que siempre quería ir más allá.

No había ningún tema que no le interesara si con ello ampliaba su conocimiento. Su curiosidad era devoradora. Sus largos debates, con el viejo candelabro y los miembros del juego de escritorio: la pluma, el tintero y el papel (que según decían le llevaban unos cuantos siglos más de existencia), le servían para aprender aun más de la sabiduría del anciano candelabro y

de las alocadas leyendas que conocían los miembros del escritorio y, sobre todo, para conocer más de sí mismo, de sus capacidades.

Cuantas veces le había reprochado el reloj de pared, allá enfrente, que él había nacido sólo para dar la hora, que se dejara de tonterías y prestara más atención a las décimas, y él casi se lo había creído. Ahora, él sabía que no había nadie que le pudiera decir qué podía y qué no podía hacer salvo su propia voluntad.

Su vida dio un vuelco cuando, incrédulo, escuchaba al reloj de pulsera que hacía un alto en su periplo en el estante de mármol de la chimenea donde se encontraba él. Se quedaba boquiabierto cuando le explicaba que había mucho más *más allá de palacio*, que incluso había otros palacios, y casas y montañas, árboles, nieve.

Su palpitar se aceleró cuando le contó que su techo se llamaba vidriera y que las luces que no se apagaban, estrellas, y que estaban más altas que un millón de techos. Creo que se adelantó un poquito, de la emoción.

Él le negaba con la cabeza, **no puede ser** decía, pero el viajero insistía, lo he visto con mi propia vista, te lo aseguro.

—Estamos formados todos casi de lo mismo. Diferentes combinaciones, y apareces tú, yo, el reloj de pared o el candelabro, pero básicamente lo mismo —repetía el reloj de pulsera.

Al continuar su periplo y antes de perderse en la lejanía le gritó: ¡habla con ellos, si no me crees, con los calladitos!

El reloj de chimenea observó la biblioteca a su espalda, los libros estaban muy calladitos.

Pasado un tiempo, uno de estos muchos se cerró; a continuación, el reloj de chimenea res-

piró pensativo: ¿cómo es que no le contáis esto a todo el mundo? ¿Cómo podemos vivir tan engañados?

Vosotros —contestó el libro—, tenéis una ocupación, estáis atareados, y poco os interesa más que vuestra propia tarea. Preferís aburriros, dejar que se os pase el tiempo inútilmente antes que querer saber. Sin embargo, nuestro único cometido es contestar cuando alguien nos pregunta, como tú.

El reloj de pared gruñó y siguió moviendo el péndulo negativamente. Pasó el tiempo, pasado que se amontonaba en sus recuerdos, sabiduría que se desbordaba en su ser; ya retrasaba bastante, más de lo permitido. Ya no daba la hora, aun así acabó concluyendo.

Junto a él, el nunca utilizado juego de escritorio trabajaba apresurado, a contrarreloj. La pluma no paraba sobre una

y otra página acariciando el aire con sus rápidos movimientos rectos y curvos; el tintero, atento, se prestaba muy dispuesto para traspasar su contenido a la inmortalidad en forma de letras; y las hojas de papel, esperaban impacientes hasta que les tocaba el turno de ser pintadas con su pensamiento.

—Y lo conocí, conocí lo que es un relojero, el que formó mis partes. Y el por qué están dispuestas así. Y por qué soy preciso, y por qué estoy dejando de serlo, pero... ¿Sabéis?, tanto él, como yo, y ustedes, en esencia estamos formados por lo mismo, y, en el fondo, no somos ni reloj, ni pluma, ni tintero, ni palabras sobre papel, ni relojero. Somos mucho más, más que formas y pensamientos, ideas y sentimientos, más que acciones. Somos un momento y ese momento lo abarca todo siempre.

Sonrió, mientras candelabro, li-

bros, lámparas, muebles, incluso reloj de pared lo miraban consternados.

Y, entonces, se paró.

LA INVASIÓN

Desde que paseé por ciudad COMPRA, donde habían llegado, al fin, las muestras del nuevo GOOVIMTIUM 6.73-20 que utilizaba la ya recién creada conexión 4.W.P.U.N-T-O con holopresencia, llevo ya tres días esperando impaciente mi nueva adquisición.

Y en el día de hoy, llevo ya tres horas esperando desde que mi armario de entregas me comunicó que mi reserva había sido tramitada y que el envío llegaría a las 4:32:57.

Perfecto. Porque mi enigmática entrevista de trabajo es a las 6:37:09 y tendré tiempo para conectarme e impresionarles con mi presencia holográfica a través de 4W.P.U.N.T.O, y conseguir ese trabajo, que no sé en qué consiste, pero que está muy bien remunerado.

Llevo ya tres minutos intentando desembalar mi magnífica adquisición, ¿por qué hacen los

envoltorios cada vez más complicados? Ay, lo he arañado, no hay tiempo para lamentaciones. Está fuera, eso es lo importante. Conecto aquí... conecto allí... bien, ahora me puedo comunicar con el aparato.

—Señal —le grito bien fuerte.

—Señal, señal, señal.

No puede ser. Está estropeado. No, no, claro, fabricado en Mongolia. De importación. Lo mejor. Castellano. Y señal.

Es el paraíso. El logotipo de GOOWIN ha surgido de la nada y me inunda, me envuelve por completo, y gira en torno a mí. Después viene el GTIUM 6.7.3.2.0, hermoso, y, a continuación, y, por último, desafiante y esplendoroso, el 4.W.P.U.N.T.O, con su matrización entorno "HOLO". Lo veo y sonrío.

Bueno, lo demás es lo *pecemático* de costumbre: personalizar, ajustes, entorno, trabajo y penetrar. Me emociono mientras

espero, creo que soy feliz. Son las 5:37:28, tiempo de sobra.

Un aviso.

Bien, otra vez, aviso.

Eliminar.

Aviso concertado.

No, eliminar, eliminar.

Pero, ¿esto qué es? *Chicos y chicas aparte PENTRA.E.*

—Bienvenido.

Se me acaba de aparecer un catálogo carnal completo.

En un erótico pase de modelos, desfilan unas cuantas mujeres delante de mí, mientras se van despojando de sus provocativos atuendos que me muestran un amplio abanico de combinaciones de tonos de piel, cabellos y ojos.

Ensimismado, me quedo sentado, quieto. Ellas se insinúan al pasar delante de mí. Dos de ellas, una oriental y una rubia latina se sientan una a cada lado ¡en mi sofá sagrado! Y yo,

quieto, muy quieto. Me acarician la nuca, y yo, nada, como si no estuviera. Me miran con cara de circunstancias, se levantan grácilmente, y se colocan en estiradas poses, sobre la tarima virtual, a los pies de los hercúleos chicos que permanecen hieráticos como estatuas griegas, y que, tras mirarse con tranquilidad, de manera cómplice, comienzan a acercarse, me rodean, se sientan... No, no puede ser....

Eliminar sensor del tacto.

Grito desesperado.

Bloqueado, bloqueado, responde intermitentemente.

Bloqueado, bloqueado. *Quietos, soy hetero*, les digo.

Vale, chico, tranquilo, no pasa nada, hombre, me dicen mientras me dan unos golpecitos en la espalda y se retiran con andares chulescos...

Respiro lleno de alivio.

Pero, al minuto, ellas vuelven a la carga.

Son ya las 5:42:27. A ver cómo me libro: *¡Soy homo! ¡Soy homo!* Y dicen las otras: *vamos, timidón, no nos engañes*, me responde la mulata que se encuentra en mi regazo.

Ya sé qué hacer. Digo en alto *Conflicto interno* y *Aceptar*.

—...Bienvenidos a *Conflicto y Debate*, respuestas a su opinión ofrecida por la liga de partidos. ¿Cuál es su intención de voto?

—¿Qué?

—¿Indeciso? No se preoucpe, lo solucionaremos.

Y aparece... ¡el presidente del gobierno! *Te voy a convencer*, me dice, *mira a su alrededor*, *me guiña un ojo, y añade, te gustan las mujeres guapas, ¿verdad? Pues bien, te diré que, en nuestro próximo programa electoral, nuestro compromiso con el acercamiento a la cultura in-*

cluye también para todos los usuarios de GLOBORED con tecnología P.U.N.T.O., la expansión del senso tacto para todos los holocorreos.

—Eso que dice usted es una insensatez.

Anda, pero si es el otro, con barba y todo y, continúa, *con nuestro voto, serás libre del control que el gobierno está haciendo del sensotacto y evitarás la marginación a la que estás siendo sometido porque lo ampliaremos no solo para el holocorreo sino también lo extenderemos a las webbingchats.*

Y, entonces, ambos se enzarzan en una discusión descalificatoria, ignorando a las bellas paseantes, a mí y a mis estériles órdenes de *Abortar* con las que la página *Conflicto y debate* me obsequia con un conferenciante de "hermanos, uníos" que está en contra del aborto, y una conferenciante de *Con ge-*

nes, sí podemos que estaba a favor.

—Boby, Boby, ven, necesito ayuda.

Boby es mi robot doméstico (gran éxito después de la pandemia producida por la gripe canina). Se vendieron hasta agotarse. No sé por qué. Porque este perrito robot no vale para casi nada excepto para tenerme pendiente de sus falsas constantes vitales.

—¿Qué te pasa?

Me dice desganado. Se percata de lo que ocurre tarde, como siempre.

—Vaya lío has formado. ¡Guau!

—Bobby, desconecta la fuente, deja esto sin luz. Es una emergencia.

—No puedo. El entorno 4WP.U.N.T.O no deja. GUAU. Esto es un lío.

Y antes de responder a la chota del perrito, mi entorno, fiel y servicial, me envía, para evitar

cortes en el suministro, a esos tipos que te quieren aunar todos los europagos en uno, y que acabas pagándolos en el tanatorio y también a los mismísimos y pesados troleros de los anuncios de las compañías eléctricas, que me ofertaban sus complicadas gangas de abono plano a 4 P.U.N.T.O. Como si fuéramos poco ya, para más INRI, ha aparecido uno de esos sermoneadores de consumidores anónimos.

Todos charlaban sin parar y, en vista de que mis negaciones parecían un insalvable bucle de programación, empezaron a salvar distancias entre ellos, y, al poco tiempo, las chicas de PENTRA.E ofrecían sus portales a los pesados de los anuncios, mientras el de consumidores anónimos y el del aborto la sermoneaba y la de *Con genes sí* la defendía. El presidente y el otro hacían esfuerzos para conseguir el voto. Impasibles ante el aco-

so de los culturistas, los de las compañías eléctricas intentaban camelarse a todos, y los de europlazos a los de las compañías.

Bobby ladraba.

Yo me recluí en un rincón de mi apartamento-cubículo vendido por mi infortunio. Pero una idea me vino a la cabeza. ¡El movicamp! Mi viejo móvil camp no contempla holoseñal. Llamaré a mi amiga Laura que es tecnomática, sabrá que hacer.

Enciendo el móvil y me informa de que, a partir de ahora, mis llamadas se pasarán gratuitamente a través de mi nueva conexión 4W, y creen, de buena fe, por el bombo con el que me lo comunican, que es una gran noticia beneficiosa para mí.

Desconsolado, cruzo la habitación, esquivando la multitud y dirigiéndome hacia el cubo de basura. Tendré que salir, pienso, odio salir, y me pongo a hurgar en el cubo, ¿por qué aho-

ra que los coches funcionan con basura nada es desechable? Recojo lo poco que ha quedado de mi almuerzo eco-ultraligero B.E.T., lo cargo en mi autopila reserva, con esto no llego a casa de Laura, me hago una macrohamburguesa en el macro-ondas, lo cargo en la autopila, y deposito hielo, esta sí que es basura de la buena, ¡al cubo coche!

Una vez allí, conecto la pila, saludo al euronavegador, *Hola, Colón, conduce hasta Valencia, 512, calle Valencia, la calle.* La última vez me llevaba ya camino de Valencia por la europista cuando me quise dar cuenta.

Miro por la ventanilla, helado, todo helado, como siempre, después de los sofocos del cambio climático, entendimos, cuando empezó a nevar, que el clima no iba a cambiar en muchos miles de años, agobiado por haber olvidado cómo era el sol en mi Andalucía, decido hacer lo que

mejor se me da: *Colón, bájame al panel de control la mayor obra de arte jamás concebida de los cyber juegos. ¿Jugamos unas partiditas al Pon?*

—No quiero perderme, —contesta—, pero si es una orden...

—Sí, sí, sí, sí.

Y al ritmo de los endiablados cambios de carril, por el caótico e infecto tráfico, devuelvo las pelotitas que Colón me lanza con endiablada maestría. El día que falle el sistema de navegación, uno, dejaré de encontrar un rival a mi altura; dos, nos daremos un verdadero tortazo global que esto sí que acabará con la especie humana, por ser tan inútiles de delegar la conducción a estos chismes sin haber ordenado antes la circulación.

Hemos llegado, me dice justo antes del golpe final de mi victoria y visto y no visto, se desconecta. No tiene cara pero juraría que ha sonreído, pienso para mis

adentros.

Huella en el portero, huella en el ascensor, huella en la puerta para la autorización del aura...

En el camino de vuelta, no hay Pon, solo la bronca de Laura. ¿No te he dicho que esto es un engañabobos, que te meten cada vez más tecnologías para confundirte y tenerte en bandeja? Si sólo utilizabas el anterior y max para bajar y comprimir el horrible blurays, cómo se te ocurre pillarte uno con 4wpunto y con holo, te han vendido la moto, consumista crónico, siempre compras y, después, o no lo utilizas, y, si lo utilizas, no sabes, ya ves, al final, has tenido que coger el cubocoche, ¿no hubiera sido más fácil tener la entrevista presencial?

—Vale, Laura, vale, pero sálvame. —Le digo mientras entramos en mi casa. — Son las 6.32.09, quedan cinco minutos, ¿podrás?

—Lo haré, pero, como vuelvas

a dejarte llevar por los chupadelbote, te bajo del nivel de relación dos a nivel de relación cinco, ¿entendido?

Entro en el camarote de los hermanos Marx, donde todo no solo sigue igual, sino peor. Bobby acude a recibirme con el rabo entre las piernas:

—Esto está descontrolado, guau, no para de entrar gente.

Laura toma las riendas.

—A ver, tú, a la micro ducha.

—Pero, ¿aquí? ¿Delante de toda esta gente? —Me quejo, soy muy tímido.

—Olvídalo. Son solo representaciones de programas inteligentes. O eso se creen ellos.

Laura se dirige al ordenador y convoca a un amigo suyo hippy al que llama maestro:

—Tengo problemas con un GOOVIMTIUM dirección Gabrieli Boby...

Quedan dos minutos para la conexión con la entrevista; mien-

tras, la micro ducha me seca la cabeza y un brazo robótico me compone con chaqueta.

Un hippy ha aparecido en el salón, supuéstamente para solucionar el problema técnico y tras cantar un oohhhmmm, pone las manos en okey y le dice a Laura:

—Eso es holo mmmm. Muy resistente, chica, tendrás que recurrir a los bomberos.

—Gracias, maestro, una cosa más.

—OHMMMM.

—Prepara tu bolsa porque de esos no te libras.

—Gracias, maestro, gracias, —le repite mientras este se desvanece.

Laura se coloca en desafiante postura de guerrera mítica frente al ordenador y les grita:

—Bomberos, queda un minuto.

—Coste: 200 euros.

Le responde:

—Maldito.

—Gabriel, rápido, tu cartera electrónica.

—Pero, Laura, ¿doscientos euros?

Laura, reacciona, rápido, y grita: ¡FUEGO!

Presidentes, opositores, chicos, chicas, tertulianos, banqueros, aseguradores y un sinfín más de extravagantes charlatanes que cunden en pánico y empiezan a correr de aquí para allá. Tremendo griterío tengo aquí formado.

En este momento, mi entrevistador comienza a emerger, puntual a su cita, de la holográfica. Cuando la conexión es completa y, como por arte de magia, todo el mundo se ha largado y mi cubículo es una oficina virtual, lo primero que me dice es:

—Me ha parecido ver fuego en tu casa.

—¿En mi casa dice? No, no,

no, no, no, todo va bien.

Mientras contesto, miro a mi alrededor, y, salvo Laura, que se despide y cierra la puerta sonriendo, todo está sobrio y despejado.

—Y, ¿bien, señor Gabriel? —Continúa.—He estado revisando su currículum y no se ajusta mucho a su personalidad.

—¿Cómo dice?

—Pues es bien sencillo de explicar. Si se observan los registros de sus últimas holobajadas, se deduce que es usted una persona indecisa, que no tiene clara su orientación política, ni mucho menos las cuestiones de índole moral; de hecho, veo que es un morboso que intenta ocultar sus inclinaciones consumistas a base de aunar y dilatar en el tiempo sus europagos. Además, hay que añadir que no parece tener usted clara su orientación sexual y acude a las páginas de citas solicitando servicios de

chicos y chicas al mismo tiempo. Sin ánimo de juzgarle, en nuestra cultura empresarial se considera un vicio no limitar el sensotacto a las relaciones personales de nivel uno y, además, demuestra usted tintes subversivos, ya que mantiene contactos con los ilegales, sí, señor Gabriel, nosotros también conocemos a ese loco que se hace pasar por *hippie* y a los que los antisistema llaman maestro. Lo lamentamos mucho, señor Gabriel, pero una persona de su naturaleza no es conveniente para el puesto ofertado por nuestra empresa. No se preocupe, no tenemos intención de denunciarle, aunque podríamos si quisiéramos. Si supiera usted el magnífico puesto que acaba de perder, lo lamentaría aún más.

—Dígame, por favor, ¿de qué se trababa el puesto exactamente?

—Se lo diré con mucho gusto, pero únicamente con la finali-

dad de que reflexione profundamente sobre su modo de vida y lo cambie. Bien, pues ha perdido la gran oportunidad de formar parte de nuestro grupo de élite de agentes comerciales que llevarán a cabo la noble y alta misión de ofrecer y aconsejar a toda la familia las indiscutibles ventajas y beneficios para todos los hogares, de nuestra tecnología más puntera: el GOTIVM 6.7321 con conexión 4wpunto con sensotacto y presencia holo.

FIN o no. (pasa la página)

EN
AMOR
ADAS

Y así estuvimos surgiendo hasta nuestra plenitud, llenas de fuerza y de vigor, altivas y desafiantes. Crecimos apoyándonos en nuestra mutua confianza y no podemos evitar nuestra complicidad. Estamos enamoradas.

El mundo se extendía a nuestros pies lleno de vitalidad y de promesas de feliz prosperidad. Ambas de la mano, contemplábamos impasibles el acontecer de los días. Solo nos ocupábamos de deleitarnos con la cambiante belleza que nos rodeaba. Algunas veces, el mediodía se cubría de solemnes grises que nos estremecían al ocultar al maestro, aunque este se defendía atravesándolo cada vez que tenía ocasión con infinitas espadas doradas a las que el viento, curioso, se acercaba a tocarlas, como si de un arpa se tratara; otras veces, a media mañana, el muy celeste espacio se veía turbado por las inmensas

y espumosas pompas de blanco jabón empujadas por el ocioso y aburrido viento, el cual, al vernos, aumentaba su intensidad para que sintiéramos sus caricias en nuestro cuerpo, y sonriendo, se marchaba a molestarlas y empujarlas de nuevo. Yo le admiraba cuando se colocaba su corona resplandeciente al atardecer, ella me admiraba cuando al amanecer el maestro me pintaba con sus tonos violetas, los que le gustaban al empezar la mañana. Y ambas mirábamos absortas la noche, las estrellas y la inalcanzable luna, esperando que su cara nos dictara si esa noche íbamos de plata o de negro.

Llegado el tiempo, nos vestíamos con nuestros trajes verdes y, si alguna vez teníamos frío, la nieve nos regalaba su manta. Éramos felices y, en esa felicidad, fueron naciendo nuestras criaturas. Nosotras los ama-

mantamos a todos, y estos fueron amamantando a los demás que iban naciendo, bajo un cielo perfecto e interminable. Así fuimos evolucionando. Cuando nos llegó el carnaval, las flores nos cubrían con sus variopintos colores; todos venían a vernos, y yo me reía de ella, y ella de mí, y, al llegar el verano, nos íbamos despojando de todo y estábamos casi desnudas por ahí.

Pero no todos fueron buenos tiempos. Una vez el cielo estuvo sucio durante largo tiempo, e impotentes, no podíamos evitar ver cómo nuestras grandes creaciones se extinguían unas tras otras. Y, muchas veces, también, tuvimos que clamar para que la lluvia nos rescatara a tiempo del fuego que nos cercaba.

Fuimos recompensadas. Nuestro último vástago resultó ser la criatura más maravillosa e increíble que habíamos creado. Sonaba como cualquiera de mis de-

licadas aves y mejor. Las superaba con melodías que traspasaban mis sentidos, pintaban mejor que el maestro, y los colores del carnaval de mis flores palidecían ante los colores del suyo, esculpían inimaginables formas y hacían construcciones antes impensables con lo que había por ahí. Sacaron de mí cosas que yo misma desconocía: piedras que brillaban como estrellas, metales cuyo obrado era igual que el de las espadas del maestro. Consiguieron lo imposible: se podían escuchar aunque estuvieran muy lejos y se podían ver aunque no estuvieran juntos, incluso podían volar tan rápido que partían en dos mis caprichosas pompas espumosas dejando ellos su propia y alargada línea blanca en el cielo a modo de saludo, para que la viéramos y nos sintiéramos orgullosas de ellos. Nos enseñaron tantas cosas: quiénes éramos, de

dónde veníamos y cómo el polvo de las estrellas nos había formado a todos, ¡a nosotras también! Ya veis, esos descubrimientos a mi edad. ¡La noche del cielo estaba plagada de mis hermanas! Nos dijeron que el maestro una vez fue niño y que volverá a serlo antes de morir, pero que se despedirá con grandiosa energía, y que esa energía la tenemos todavía nosotras en nuestro interior, que afloraba de nuestra madre, de la tierra.

No nos explicamos muy bien que ocurrió. Debió ser que perdieron la memoria, ¡no le encuentro otra explicación! Empezaron a hacer cosas que... El resto de las criaturas, ¡sus hermanos! los miraban asombrados mientras iban siendo desterrados por ellos, de su propia casa, y eso que ellos llevaban solo pequeñas eras aquí. Lo estaban cambiando todo, casi no se podían contemplar los ciclos, y

ellos mismos, sin saberlo, se estaban poniendo en peligro y nos estaban poniendo en peligro a todos; con lo inteligentes que eran, ¡cómo podían ser tan insensatos? ¡Cómo podían haberse olvidado de nosotros? ¿De sus madres? A mí, la pena me embargó. Mi compañera los miraba con esa lástima que produce compasión, pero que intensifica el dolor cuando ves que la injusticia la está cometiendo un ser querido. Ya no éramos las de antes, se nos notaban los afluentes. Mi compañera sacó, como pudo, todas las energías que le quedaban para regañarles. Yo intenté evitarlo y quise moverme para apaciguarla, ¡por primera vez en mi vida! Solo conseguí sacudir el suelo que pisaba y, sin quererlo, destrocé todo lo que ellos habían construido a mis pies y caí exhausta. Mi compañera no aguantó más y, al gritar de desesperación, el fuego

surgió a horcajadas de su boca, y todo empezó a arder y a derretirse, en medio de un estruendo ensordecedor. Las aguas, asustadas, no sabían dónde ponerse, y, o se achicharraban en las rocas formando estampidas de vapor o lo anegaban todo en su vida. Las nubes se apelmazaron como un rebaño de corderos y lloraron lágrimas de ceniza y de barro durante largo tiempo. Todo quedó sumido en la oscuridad y, al final, el cielo nos aplastó y nos sepultó a todo y a todos en lo más hondo.

Y aquí estamos, sé que ha pasado poco tiempo, solo milenios, y nos costó tanto tiempo construirlo. Espero que el maestro sol nos ayude algún día a elevarnos de nuevo a estas dos montañas, que si hicieron algún mal, fue el de estar enamoradas. Pero esta vez nos aseguraremos de que nadie pierda la memoria.

FANTASÍAS MÍNIMAS

SINOPSIS

Como cada mañana acudes a tu cita con el vagón de metro. Como cada mañana, te acompañan los mismos de siempre. La señora de allá enfrente, el grupo de chicos de delante, los albañiles, el señor de la gorra... ¿Por qué no te haces acompañar por vampiros, asesinos, fantasmas, súper héroes e incluso, ya puestos, por Dios o el Diablo? Una fantasía mínima, un viaje inolvidable.

¡YA EN AMAZON!

(Si quieres ver la portada, pasa la página.